

fendían las plazas fuertes, no contaban más que con treinta mil hombres, inferiores á sus contrarios en cuanto á instrucción y armamento. Al principio quisieron defenderse en una línea de obras defensivas conocida con el nombre de Danewirke que había al Norte del Eider, pero los generales de Cristián IX, persuadidos de su debilidad, no juzgaron conveniente exponer su único ejército á un fracaso desde el principio de la guerra y el 5 de febrero abandonaron dicha línea sin resistencia. Cuando se supo esta noticia en Copenhague, pareció tan inverosímil que nadie quería darle crédito; pero una vez confirmada, á la incredulidad siguió la consternación y á ésta la cólera, llegándose á decir del rey que más que monarca nacional era príncipe germánico é inepto para defender la patria.

Mientras tanto el ejército retrocedía por el Schleswig, en donde sólo quedó defendida una fortaleza, la de Duppel cerca de la isla de Alsen; en Jutlandia había otra, Fredericia cerca de la isla de Fionia.

No ha habido príncipe que haya hecho en tan duras condiciones como Cristián IX el aprendizaje de la realeza. No le era posible otra cosa, dada la escasez de sus medios en su lucha desigual con dos colosos, sino volver sus miradas á Europa, y en un apremiante llamamiento dirigido á las potencias no alemanas invocó en su favor un título antiguo y un título nuevo: un acta de 1720 en virtud de la cual Francia é Inglaterra habían garantizado á Dinamarca la posesión del Schleswig, y el tratado de 8 de mayo de 1852 que había proclamado la integridad de los Estados dinamarqueses y arreglado la sucesión al trono.

Esta protesta partió de Copenhague el 11 de febrero, y con tal motivo Prusia y Austria dieron orden á sus generales de que activaran las operaciones de la guerra. El 17 los aliados entraron en Jutlandia, noticia que fué acogida con estupor, por cuanto se veía que ya no era cuestión del Holstein, territorio federal, ni del Schleswig, territorio en litigio, sino que la invasión se extendía al país dinamarqués, donde jamás se había establecido ningún alemán. Bismarck, interpelado por los diplomáticos, contestó, según afirmación de lord Russell, que se había verificado la ocupación sin previa orden, pero que continuaría.

Por triste que fuese la guerra, casi lo fué más la política y la diplomacia. La amenaza de Inglaterra de apelar á las armas en defensa de la monarquía dinamarquesa era sólo condicional, y perdió todavía más fuerza cuando Drouyn de Lhuys rechazó rotundamente en su nota del 28 de enero de 1864 la solicitud de conceder auxilio material á la Dinamarca en su resistencia á la desmembración. Decía el citado ministro en este documento que el emperador reconocía perfectamente la importancia del tratado de Londres, pero que también comprendía que las circunstancias pudieran reclamar una modificación del mismo tratado; que, acostumbrado á atender á los deseos de las nacionalidades, debía rechazar todos los medios que pudieran obligarle á oponerse con las armas á los deseos de Alemania, que consistían en realizar una unión más estrecha con los alemanes del Schleswig-Holstein; que una guerra entre Alemania y Francia

sería la más funesta y arriesgada que podría emprender el Imperio; que además el emperador tenía presente la desconfianza que se había extendido respecto de sus pretendidos planes sobre la frontera del Rhin, y que si á la sazón comenzara allí una guerra, adquirirían mayor fuerza estas acusaciones infundadas é injustificadas, por cuya razón prefería conservar su completa libertad de acción, y sólo si llegara á ser amenazado seriamente el equilibrio europeo, tomaría nuevas disposiciones en el interés de Francia y de Europa.

Este último giro del despacho daba á conocer claramente que no era el desinterés lo que movía al emperador al tomar esta actitud favorable á Alemania, pero esto no invalidó el efecto que aquél debió de producir. Verdad es que no faltaban influencias en las Tullerías que impulsaban al emperador á la guerra, pero Napoleón las rechazó diciendo á sus ministros que un ataque al Rhin sería el mejor medio de realizar la unión alemana. Si hubiera podido contar positivamente con que Inglaterra tomara parte enérgica en la guerra y no se opusiera á un gran aumento territorial de Francia, es seguro que no habría retrocedido entonces ante una política guerrera; pero preguntando como lo hizo á Drouyn de Lhuys con tono dudoso: «¿Nos prestaría la Inglaterra su apoyo ilimitado? ¿Consentiría la Inglaterra que la Francia obtuviera en semejante guerra ventajas que correspondieran á los grandes sacrificios que tendría que hacer?», dió ya á conocer que esperaba una contestación negativa.

Muy favorable á Dinamarca y aun belicosa era la opinión pública en Inglaterra; pero al mismo tiempo no se hallaba dispuesta á reconocer anexiones francesas, y á esto se agregaba la actitud en favor de Alemania de la reina Victoria. Ésta declaró resueltamente que no iría contra Prusia, y aun á principios de febrero habría llamado á un ministerio tory si éste hubiese querido adoptar una política diferente de los whigs; pero lord Derby prefirió no aceptar el encargo de la reina de formar ministerio y sólo prometió limitar su actividad en sentido pacífico. Esto bastó para paralizar la energía del ministerio, de manera que el gobierno inglés ni siquiera intentó separar á la Prusia de la guerra por medio de un *ultimátum*.

Mientras tanto la situación de Dinamarca iba empeorando. No sólo el Schleswig, sino también Jutlandia sufrieron en breve todos los males de la guerra, y particularmente contribuciones ruinosas. Pero el principal esfuerzo de los aliados se concentraba sobre Duppel, cuyo sitio había comenzado, y nadie dudaba de que esta operación fuese el hecho decisivo de la campaña. Allí concentraron los dinamarqueses su resistencia, que era valiente, tenaz y á veces estimulada por algunos triunfos parciales.

Llegó por fin el día en que quedó resuelta la celebración de la conferencia propuesta por Inglaterra, con objeto de restituir al Norte de Europa las bendiciones de la paz. Debería celebrarse en Londres y estar representadas en ella las cinco grandes potencias, así como Dinamarca, la Confederación germánica y Suecia. Las tareas de la conferencia iban á inaugurarse en condiciones bastante

singulares. No se había fijado ningún programa como base de las deliberaciones, ni celebrado ningún armisticio ni suspensión de armas, de suerte que, continuando la lucha, las noticias de la guerra podían influir en las decisiones de los representantes. Por un momento se creyó que, puestas de acuerdo Francia é Inglaterra, resultaría de él un plan de conducta. Lord Clárendon fué enviado por el ministerio inglés á Francia con encargo de explorar las disposiciones del emperador, y en efecto éste se las manifestó lisa y llanamente con las siguientes palabras: «Hemos recibido un gran bofetón de Rusia á causa de Polonia; no podríamos, sin devolverlo, recibir otro de Alemania á causa de Dinamarca, de lo contrario se nos despreciaría. Pues bien: debo confesar que no estoy preparado para la guerra.» Lord Clárendon volvió, pues, á Londres sin haber combinado ninguna acción común.

En las discusiones á que dió origen la celebración de la conferencia, Francia presentó por vez primera la proposición de que las potencias se rigieran por el deseo de los habitantes. Drouyn dijo en su despacho del 20 de marzo que toda la contienda procedía de la rivalidad de los dos pueblos, cuyo sentimiento nacional se manifestaba de una manera evidente; de suerte que lo más natural era aplicar, así en favor de Alemania como de Dinamarca, el principio de las nacionalidades, que formaba el derecho fundamental de Francia y con el cual se podría dar la solución más fácil y más justa á esta difícil cuestión. Esta proposición favorecía evidentemente á la Alemania porque se abandonaba el convenio inglés; pero al mismo tiempo era muy ocasionada á introducir la discordia entre la Prusia y el Austria, ya que esta última potencia de ningún modo podía reconocer el principio de nacionalidades.

Para Napoleón hubiera sido un gran golpe, si hubiera podido darlo, introducir una cuña entre las dos grandes potencias alemanas y conseguir, como había dicho en diciembre á Nigra, embajador italiano, que aquellos dos aliados peleasen al fin el uno contra el otro. Hizo, pues, desde entonces cuanto pudo para apartar al gabinete de Berlín de una alianza demasiado estrecha con el de Viena. Reconociendo también Bismarck los deseos de los habitantes como un elemento muy importante, aunque no fuese el único y principal, el emperador francés tomó pie de esta opinión para que Drouyn declarara en 9 de abril al conde de Goltz, con más insistencia que en noviembre, que Francia lamentaría la creación de un nuevo Estado alemán pequeño, pero que abogaría en la conferencia por la incorporación de este Estado á la monarquía prusiana, siempre que la población se pronunciara en su favor. A esto contestó Bismarck en 14 de abril que Prusia sostendría en todos los estadios de las conferencias la necesidad de consultar á los habitantes; pero que no era prudente echar mano en aquel momento de semejante medio porque la contestación de los habitantes resultaría á favor del duque de Augustenburgo y contraria á toda desmembración del país. En su concepto, sólo debía someterse á la población esta cuestión cuando Dinamarca hubiese rechazado la proposición de la unión personal y

cuando los habitantes de los ducados se hubiesen convencido de que la desmembración era inevitable. Añadió que, por lo demás, para la Prusia no resultaba ninguna ventaja de este aplazamiento.

Bismarck tuvo razón, según lo probaron los sucesos, cuando contó con la oposición decidida de Dinamarca á toda unión personal, y con mucho mayor fundamento podía asegurarse que rechazaría todas las proposiciones de división, pues que ésta le había de traer la pérdida segura del Holstein y de la mayor parte del Schleswig.

La situación militar de Dinamarca se había empeorado considerablemente por la toma de los baluartes de Düppel el 18 de abril, antes de abrirse las conferencias; y su situación política recibió un golpe todavía mayor cuando la Prusia y el Austria, en el curso de las conferencias de Londres, declararon que después de haber sido rechazada su proposición de la unión personal, se veían en el caso de pedir la completa separación de los ducados de la monarquía de Dinamarca y su reunión en un Estado bajo la soberanía del príncipe heredero de Augustenburgo. Basándose no solamente en el derecho hereditario, sino también en la indudable aprobación de la inmensa mayoría de los habitantes, se acercaron casualmente un paso á la idea napoleónica del plebiscito, si bien el gobierno de Austria no estaba dispuesto á aceptarlo, porque entonces hubiera tenido que admitirlo también para la población de Venecia. Tampoco quiso el gobierno inglés admitir esta base porque conocía que el resultado había de ser decididamente contrario á Dinamarca, por cuyo motivo propuso fijar por frontera el Schlei, con lo cual renunció también por su parte al convenio de Londres, pero conservaba á la Dinamarca la mayor parte del Schleswig.

El gobierno de Dinamarca, con el deseo de obtener, antes de declararse conforme en principio con la división, la aprobación de la Francia respecto de la frontera propuesta, encargó á su embajador en París, el conde de Moltke-Hwitfeldt, que conferenciase sobre este punto con Napoleón, el cual en efecto le recibió el 31 de mayo; mas lo que le dijo no fué lisonjero para Dinamarca, porque señaló como lo más favorable que esta nación podía esperar la frontera de Flensburg-Tondern, que correspondía aproximadamente á la frontera lingüística, y que también estaban dispuestas el Austria y condicionalmente la Prusia á conceder, antes que la Dinamarca, continuando la guerra, se expusiera á perder irremisiblemente todo el Schleswig, pues que Inglaterra no le prestaría su auxilio. Añadió Napoleón que le constaban las vivas simpatías que á la nación francesa inspiraban los dinamarqueses; pero que para él estaban en primer término los intereses de Francia, que le prohibían emprender por sí solo la guerra.

Habiendo perdido Dinamarca las esperanzas que había puesto en Napoleón y no estando apoyada más que por Inglaterra, se conformó con la frontera del Schlei, para conservar por lo menos el apoyo del gabinete inglés. Cuando las potencias alemanas declararon esta frontera inaceptable, Inglaterra propuso encomendar la decisión de la cuestión á un arbitraje, á lo cual se opu-

so resueltamente el gabinete de Copenhague, temiendo que el árbitro fuese el emperador Napoleón, cuya opinión ya conocía. Por lo mismo decidióse á probar otra vez la fortuna de la guerra. Además del pundonor debió de tener el gobierno dinamarqués alguna esperanza de que Inglaterra, y quizás también Francia, saldrían de su neutralidad; y en efecto, Inglaterra después de haberse roto las conferencias el 25 de junio, procuró nuevamente que Napoleón tomase parte en la guerra, y se dice que lord Palmerston hasta consintió en la adquisición de la frontera del Rhin por la Francia. En efecto, escribió un poco más adelante al rey de Bélgica: «Si nuestro buen amigo en París se propusiera ahora arrebatar á la Prusia sus provincias rhinianas, nadie movería en Inglaterra ni siquiera un dedo contra este despojo; nadie levantaría la voz, ni se expondría un hombre ni un chelín á favor de la Prusia; y si Francia é Italia arrebatasen al Austria la Venecia, les aplaudiría toda Inglaterra.» Con este apoyo moral no se contentó Napoleón, ni tampoco con la cooperación de la escuadra inglesa, sino que pidió un tratado formal de alianza ofensiva y defensiva como en la guerra de Crimea, á lo cual la Inglaterra estaba tanto menos dispuesta, cuanto que entretanto los prusianos habían invadido la isla de Alsen en 29 de junio, tan pronto como habían quedado rotas las conferencias. Este golpe y el desvanecimiento de la última esperanza en el auxilio extranjero, obligaron á la Dinamarca á conformarse con su suerte. En 12 de julio solicitó un armisticio y en 1.º de agosto se firmaron los preliminares de paz, por los cuales perdió la monarquía danesa, además de Holstein y Lauenburgo, todo el Schleswig.

«Desde el punto de vista alemán, dice el Dr. Bulle, la conducta de Napoleón en este asunto complicado puede ser mirada con casi completa satisfacción, pero no se la miró así en Francia, y en el corazón de Napoleón quedó probablemente una dolorosa espina. Si hubiese conseguido siquiera la admisión del principio del plebiscito, ó si por lo menos hubiese sido nombrado árbitro, habría podido celebrar el resultado como un triunfo de su política, no obstante las simpatías que en Francia prevalecían en favor de Dinamarca; pero tales como estaban las cosas, era evidente que no había alcanzado su verdadero propósito del reconocimiento internacional del principio de las nacionalidades, y aun quedaba despreciado este mismo principio con la cesión de distritos puramente dinamarqueses en el Norte del Schleswig, al revés de lo que había sucedido antes á los habitantes de raza alemana de aquel ducado. El deseo de tomar el desquite continuó vivo en el ánimo de Napoleón y le indujo dos años después á imponer á la Prusia el artículo 5.º de la paz de Praga.»

Dado el estado en que se encontraban las potencias de Europa hacia aquella época, la cuestión dinamarquesa no habría acabado con la desmembración de este pequeño reino, si Francia é Inglaterra, que tantas simpatías afectaban mostrarle se hubieran unido sólidamente para imponer su arbitraje. Prusia aún no había completado todo su armamento; Austria mostraba escrúpulos á aliarse

con ella; Rusia luchaba todavía con la insurrección polaca; Italia estaba atenta solamente á su organización interior; Dinamarca no había agotado aún sus recursos, y Suecia estaba pronta á auxiliarla con la condición de que la sostuvieran. Con la unión resuelta de ambas potencias se habría colocado el derecho á tanta altura que la mano de los ambiciosos no hubiera podido alcanzarle, y asegurando por el presente la salvación de los débiles, habría quedado garantizada para el porvenir la seguridad de los débiles.

Napoleón no tuvo tanta previsión y perspicacia, y dió escasa importancia á lo que ocurría con el modesto reino de Dinamarca, sin presumir que la guerra de que acabamos de ocuparnos sería la primera chispa del grande incendio que seis años después abrasó al segundo Imperio.